

ESCALANTE VARONA, Alberto, *Manuel Fermín de Laviano (1750-1801): un autor de la Villa y Corte de Madrid*, Madrid: Maia Ediciones / Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII, Libros Dieciochistas, 2021, 336 pp.

Ensombrecidos por la feroz crítica que los dramaturgos neoclásicos esgrimían en contra de las obras «desarregladas» y por la visión dual del teatro iniciada por Moratín y promovida por la corriente reformista del Estado, los autores de la dramaturgia popular de finales del siglo XVIII en la corte madrileña quedaron desindividualizados bajo el desprestigioso marbete de la «Escuela de Comella», a pesar del éxito que las representaciones de sus obras obtenían en taquilla. A consecuencia de ello, la recepción crítica de sus composiciones dramáticas ha sido víctima de un análisis sesgado que se aproximaba a ellas desde el desconocimiento y el prejuicio, reiterando desdeñosas valoraciones con escaso fundamento crítico. Para paliar en lo posible esta carencia crítica y ofrecer un panorama completo del teatro dieciochesco, Alberto Escalante Varona sigue la vía por la cual su anterior ensayo fue galardonado con el Premio Ópera Prima –*La escuela de Cruz. Textos y autores del teatro popular en el Madrid ilustrado*–, y se aproxima a la figura de uno de esos autores, *Manuel Fermín de Laviano (1750-1801): un autor de la Villa y Corte de Madrid*, quien recibe así el primer estudio monográfico acerca de su vida y obra.

Escalante parte de la necesidad de abordar y contextualizar la producción dramática de este escritor desde las

coordenadas que ofrecen sus circunstancias biográficas, de las cuales poco se sabía hasta el momento; como prueba, la exigua y, para colmo, errónea información que de Laviano se ofrece en catálogos del XIX, como el de Barrera y Leirado: «Floreció en el segundo tercio del siglo XVIII» (p. 75); o la desacertada hipótesis relacionada con su vida profesional –secretario de la casa de Híjar– que se ha ido prolongando como cierta en las historias de la literatura a causa de la desatención que este autor y su obra han padecido. El estudio biobibliográfico constituye, pues, el primero de los dos principales capítulos en que Escalante divide su aproximación a este autor dieciochesco –«Manuel Fermín de Laviano, hombre del siglo XVIII»–. Como resultado de una exhaustiva y rigurosa investigación documental –de la cual va dando buena cuenta en el aparato de notas, además de recoger al final del libro un «Listado de archivos y fuentes primarias»–, Alberto Escalante combina fondos documentales, procedentes de archivos y bibliotecas, a través de los que ofrece información biográfica de relevancia sobre Manuel Fermín de Laviano. Destacan, en este sentido, su condición de navarro de segunda generación, que Escalante vincula con su actividad laboral en la Secretaría de Hacienda y, posteriormente, como director del Almacén General; los tres enlaces matrimoniales que protagonizó; el padecimiento de una larga enfermedad, o la carga de una gran deuda de la cual se desconoce su procedencia.

A resultas, igualmente, de esta indagación documental, el autor de esta monografía elabora un repertorio de

toda la producción literaria conocida de Laviano, la cual se diversifica en poesía y teatro. Aunque la faceta de escritor lírico del autor madrileño se reduce a un puñado de composiciones, no faltan problemas de atribución y unidas por unas determinadas circunstancias de escritura. Se trata de tres textos –*Canto lírico en digno aplauso del Excelentísimo Señor don Antonio Barceló*, *Soneto (a don Antonio Barceló)*, *Soneto (al nacimiento de los infantes gemelos)*– descubiertos por Entrambasaguas (1932), que se unen a los ya conocidos *Endecasílabos* y al *Canto al arco del duque de Híjar*. A este respecto, el profesor Escalante pone en duda la naturaleza autógrafa de los manuscritos hallados, pero basándose en el análisis de los textos consigue establecer paralelismos estilísticos y de marcas autoriales a partir de los cuales asigna, aunque no con total seguridad, estos textos líricos al autor madrileño. De la misma manera, el catálogo de obras dramáticas, que Escalante decide organizar en función de las distintas temporadas teatrales de que Laviano fue partícipe, tampoco está exento de problemas de atribución. Se excluyen del listado algunas de las obras, pero se mantienen aquellas cuya adscripción, aunque no probada con certeza, parece presumible, e incluso las que son de adscripción más compleja, en aras de ofrecer un repertorio lo más completo posible. El profesor Escalante establece, además, la clasificación genérica de las piezas teatrales de Manuel Fermín de Laviano, atendiendo a un criterio en que prima el «carácter escénico antes que textual» (p. 46), lo cual lo obliga, sin embargo, a realizar excepciones y

matizaciones en relación con algunos de los textos.

A todo ello se suma un apartado dedicado a la revisión crítica e historiográfica de la obra de Laviano, en que Alberto Escalante realiza un barrido de las diversas críticas que las obras de este autor popular recibieron a lo largo de su trayectoria literaria (1779-1790). De ello se deduce que las piezas teatrales de Laviano no encuentran una enconada oposición hasta el inicio de la publicación del *Memorial literario* (1783) y su polémica con Forner, a raíz de su primer acto de promoción pública en un intento por vincularse con los círculos de la corte madrileña mediante la adopción de una escritura pretendidamente culta –la publicación de los *Endecasílabos al nacimiento de los infantes gemelos*–. Asimismo, Escalante destaca en su ensayo la desigual crítica que reciben traducciones y zarzuelas, bien consideradas por su regularidad y contenido moral, y las comedias heroicas y heroico-militares –género más cultivado por Laviano–, cuyas malas apreciaciones cimentan la imagen de un Laviano «perpetuador de modelos caducos y motivos arcaicos» (p. 57). Esta imagen lo llevaría a formar parte del grupo de «corruptores» de la escena, incluidos en la etiqueta acuñada por Alberto Lista de la «Escuela de Comella», debido a la visión dual moratiniana del teatro, que buscaba oponer las obras neoclásicas al resto de obras que componían la escena teatral de finales del XVIII; visión maniquea que condicionaría la historiografía literaria posterior hasta la aparición de unas nuevas actitudes críticas hacia la dramaturgia dieciochesca. De esta forma,

Alberto Escalante culmina este primer capítulo del estudio con el estado de la cuestión, dando noticia de las aproximaciones de la crítica contemporánea al teatro dieciochesco, las cuales invitan a la «revisión social de la literatura dieciochesca en la que la dramaturgia popular tendría un papel fundamental, como principal motor de la creación teatral. [...] y por la que se presta atención a los individuos concretos que participaron en ella» (p. 95). Son estas nuevas perspectivas metodológicas las que justifican el análisis crítico de la vida y obra de Manuel Fermín de Laviano que el profesor Escalante presenta en el segundo capítulo del ensayo: «Manuel Fermín de Laviano, poeta y dramaturgo del siglo XVIII».

Así pues, Escalante propone una interpretación crítica desde una perspectiva sociológica que parte de la movilización de la información biográfica, resultado de la indagación documental previa, y de la observación de los recursos estilísticos y compositivos de sus escritos para contextualizar al autor y su trayectoria literaria dentro de las «tendencias artísticas y redes y canales de difusión y socialización en la República de las Letras españolas del siglo XVIII» (p. 103). Con este propósito, explora distintas facetas autoriales de Laviano que sin la labor biobibliográfica anterior no hubieran podido ser abordadas. La primera de ellas es la de «autor funcionario», oficio al que accede y en que promociona gracias a su condición de navarro de segunda generación, y que le confiere, además, cierto orgullo por el nivel de formación intelectual que supone y por su papel como servidor del Estado. De ello haría

una ostentación en los *Endecasílabos* ácidamente criticada por Forner, quien entendió que al boato no lo acompaña la calidad literaria de la composición; esto revelaría, concluye Escalante, la intención fracasada de Laviano por acceder a los círculos de influencia de la corte madrileña.

En segundo lugar, aborda la faceta de «autor dramático» circunscrito a la actividad social y empresarial de las compañías de teatro, en las cuales se manejaba una «concepción [...] de la función teatral como espectáculo total, destinado al puro entretenimiento» (p. 128). Para ello, Escalante estudia los rasgos argumentales y los recursos compositivos y estilísticos de las distintas obras de Laviano para desentrañar qué revelan de su poética y de su carrera literaria en relación con las dinámicas de creación teatral de la época. Comienza por el teatro breve, género en que Laviano inicia su labor literaria con el sainete *La segunda parte de «La crítica»* (1779), y que, según interpreta el profesor Escalante, arroja los primeros datos sobre su poética al continuar un sainete creado por Ramón de la Cruz, lo cual parece mostrar las pretensiones con que el autor madrileño irrumpe en la escena literaria y supone, asimismo, su defensa de la tradición y del teatro popular. También constata Escalante la cercana relación de Laviano con las compañías teatrales, y más concretamente con la de Martínez, por la presencia de diálogos entre los propios actores –que se autorrepresentan– y de recursos compositivos metateatrales y tópicos en las loas e introducciones que publica en sus primeros años. Géneros breves que abandona hasta la

redacción de su última obra conocida, el sainete *El chasco de los ociosos*, en que Escalante entrevé una posible intención de Laviano por volver a integrarse en la compañía, de la cual se había alejado.

Pero será la comedia de espectáculo el género con que Laviano se fragüe su imagen de autor dramático, especialmente con las comedias heroicas y heroico-militares de tema histórico, de las cuales Escalante rastrea las fuentes argumentales; fuentes a las que el autor madrileño podría haber tenido acceso gracias a su trabajo en la Secretaría de Hacienda. Además, inscribe su obra en una corriente de modernización de la comedia heroica popular, ya tratada por la crítica en otros autores coetáneos, en que se transmiten ideas y modelos de conducta ilustrados, pues detecta en sus piezas algunas temáticas ilustradas como la meritocracia, que también está presente en su única comedia «sencilla» original, *El pretendiente y la mujer virtuosa*. Destacan, por otro lado, las traducciones italianas y francesas, las cuales recibieron una buena acogida en general, y que, según el profesor, eran «una práctica común entre los autores [...] revestida de un halo de prestigio», vinculada con «la popularización de los géneros neoclásicos» (p. 189). Es más, Escalante atestigua el empeño, finalmente fallido, de Laviano por convertirse en un «autor erudito», integrado en los círculos literarios elitistas, por su relación con la casa de Híjar –dos textos dedicados al duque y la presencia de copias manuscritas de dos de sus obras en su biblioteca– y la búsqueda de mecenas pertenecientes a la nobleza mediante la escritura de piezas más cercanas a los modelos neoclásicos

como *El Sigerico* o *La Nina* –dedicadas a María Ana Pontejos y Sandoval y Floridablanca–, así como por la difusión de poemas «cultos» en ambientes cortesanos, que serían entendidos por la crítica neoclásica como el propósito de un funcionario por medrar merced al ejercicio de la literatura y por difundir su obra impresa. Finalmente, Alberto Escalante cierra su análisis con un apartado en que hace conjeturas sobre el interrogante que plantea el abrupto final de la trayectoria literaria de Laviano, una década antes de su fallecimiento. Indaga, para ello, en diferentes hechos biográficos que pudieran haber propiciado tal fin y concluye con la hipótesis de la actitud «derrotista» de un «autor fracasado» en su intento por aproximarse a los modelos de escritura neoclásica; actitud agravada por los reveses económicos, familiares, profesionales –su destitución del cargo de director del Almacén– y de salud que sufrió.

En suma, Alberto Escalante Varona ofrece en su ensayo una valiosa cala en la vida y obra de Manuel Fermín de Laviano, autor conocido, pero no abordado hasta ahora por la crítica en un estudio monográfico. Destacamos su lúcido manejo de fuentes documentales y unas objetivas y acertadas interpretaciones a partir del análisis pormenorizado de los textos, con que el profesor Escalante devuelve al dramaturgo su individualidad en el panorama del teatro popular dieciochesco, de acuerdo con la coyuntura socioliteraria de finales del XVIII, abriendo la posibilidad de futuras investigaciones en torno a su figura.

Celia ESTEPA ESTEPA